Por tierras de La Sagra.

Illescas [1]

No se os dé nada, capitán, pues el humo de la pólvora en la guerra, es como el del incienso en la iglesia cuando estamos celebrando.—CISNEROS.

En el Cardenal, hombre de letras, se da el caso paradógico de que un eclesiástico fuese el impulsor verdad de la milicia, pues si bien otros prelados fueron guerreros, lo ejecutaron haciendo la guerra como la habían encontrado. Mas Cisneros, en esto como en todo, quería desechar normas antiguas y llevarlas por las corrientes que los nuevos procedimientos exigían. Así, pues, para que la instrucción militar fuese más eficaz, dispuso que las milicias se ejercitasen bajo mandos adiestrados en el manejo de las armas y no como entonces se venía haciendo, individualmente.

Los oficiales encargados de esta instrucción habrían de adoptar previamente un plan de estudios que les garantizase ser aptos para su gestión. (2). Su famosa toma de Orán no es solamente lo que acredita su carácter militar y guerrero, sino que pone aún más de manifiesto la organización

(1) Capítulo del trabajo próximo a publicarse sobre la obra que el Cardenal Cisneros realizó en la Imperial villa de Illescas, de su diócesis toledana.

(2) Estos, y algunos datos más que no deben ser insertos aquí, los encontrará el lector en la obra: «Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día.» Conde de Cleonar. 1853.

que supo dar al ejército y a la marina, creando, al efecto, primeros parques en Alcalá de Henares, Medina del Campo y Málaga, y en ellos, por sus *Ordenanzas e Milicias*, que se hicieron famosas, mejora la artillería y hace que la marina de guerra se ponga a la cabeza de todas las de su época.

Esta calidad militar de siempre e indudablemente más intensa y eficaz en las dos épocas de su regencia, fuó la causa de las numerosas huellas de su paso en tantísimas partes del reino. Illescas, villa de las más importantes de su diócesis, no podía pasar desapercibida para él bajo este aspecto.

Hasta las postrimerías de la dieciséis centuria, esta antiquísima villa de la Carpetania pregonaba a todos su importancia por la posesión de un soberbio Alcázar que se asentaba al Este de la población. Malos tiempos corrieron por entonces para esta singular edificación que, con su compañera en valor arquitectónico la iglesia de Santa María, tan en alto ponían las excelencias de esta capital espiritual de La Sagra. Aquí finó sus días, como más adelante verá el lector que paciencia tenga para ello, y si ésta no hubo de correr igual suerte, no es porque el terrible factor hombre no haya puesto sus medios para conseguirlo, pero afortunadamente hay cosas que pueden más que nuestras acciones, y si no toda, ahí ha quedado nuestra soberbia y única torre para recreo de los sentidos como girón de lo que sería completa esta original construcción del siglo XII.

El abolengo de esta villa no puede ser más remoto. De él nos habla y no lo puede hacer, en verdad, más elocuentemente, el hallazgo de importantes útiles tallados en xiles del período Paleolítico inferior—*Musteriense*.

Juzgando por la importancia del mismo, vemos que estos *Cerros del Prado* fueron lugar predilecto de alguna tribu o clan de las que en aquellos remotos tiempos se dedicaban exclusivamente a la caza. Tenemos, pues, dato fehaciente para saber que el primer ser humano conocido, que con su plante holló estas elevaciones de caliza terciaria, fué aquel ser de mediana estatura, frente huída y andar encorvado que tales útiles tallaba y usaba en aquel remotísimo período

Musteriense. En nuestra provincia, mal explorada, no se conocen hoy restos de industrias que pudiesen unir el paleolítico con el neolítico. A falta de yacimientos que por su extratigrafía nos de a conocer sus diferentes épocas, con los hallazgos de superficie habremos de contentarnos para con ellos establecer la cronología de los habitantes de este paraje. Muy íntimamente relacionado con lo que antecede, he de consignar que, al abrir la caja para el tendido del ferrocarril del Oeste que atraviesa de Norte a Sur los ya repetidos *Cerros*, fueron hallados gran cantidad de huesos fósiles. Sabedor mi abuelo materno de la importancia del descubrimiento, se dirigió al sitio referido y con sorpresa hubo de saber que los huesos habían sido partidos para repartírselos y sólo pudo recoger uno de tamaño no grande que por su aspecto y características puede ser fragmento de alguna superficie articular de animal de gran corpulencia. Se conserva en la colección Aguilar. Pudiera ser que este esqueleto fuese un fósil que correspondiera con alguna de las épocas del paleolítico representado por sus hachas talladas. El total de instrumentos de silex encontrados asciende a más de setenta entre puntas de flecha, lascas, raspadores, raederas, etc., etc., lo que ya dice algo sobre la importancia del hallazgo.

El *Neolítico* es aún más abundante en sus ejemplares: la *fibrolita*, *diorita*, *serpentina*, etc., etc., son los elementos preferidos con los que estos remotos habitantes fabrican sus más perfectos instrumentos demostrativos de una colonia, aún tal vez más numerosa que la de los que habitaban los *Cerros del Prado*. Estos, de cuya antigüedad nos habla el estar formados de caliza terciaria, fueron cuna de parte de aquella infancia de la humanidad que en remotísimos siglos ya sentían la vida familiar y, como lógica consecuencia, la necesidad de defenderse. Si construyó algo para vivienda, el tiempo, inexcusable destructor, nada nos ha legado; únicamente las cavernas naturales o refugios nos hablan de aquel arte primitivo en sus dos aspectos principales: como defensivo y de utilidad (instrumentos tallados) o como elemento decorativo (grabados y pinturas murales). En lisis de muchos

años, este primer poblador gana en mentalidad y ello ha de traducirse en mejorar su vivienda. La caverna le repele y de hombre casi aislado, ensancha su círculo de relaciones bajo su ya indudable aspecto de ganadero; el animal en cautividad hubo de ser su compañero. Algunas construcciones, aprovechando condiciones del terreno, le ayudarían para sobrellevar la aún dura existencia Sin que sea pretender sentar afirmación alguna, a útiles e instrumentos de tan rara perfección, no podía sólo corresponder como única vivienda la tosca cabaña vegetal.

Es de advertir, como detalle de indudable valor, que estos Cerros, lugar del yacimiento paleolítico aludido, terminan sin solución de continuidad *precisamente* en esta elevación en que se asentaba la fortaleza de que nos ocuparemos. Y ya que de estos Cerros forzosamente hablamos, no puedo pasar sin consignar que, cuando yo era pequeño y durante las vacaciones del verano, fuí infinidad de veces con otros compañeros a buscar *pedernales* a estos parajes del Prado para encender la yesca con el eslabón. ¡Cuán ajeno estaba de que con aquel entretenimiento estropeaba infinidad de útiles de épocas tan lejanas! Los manes de la prehistoria no me lo tomen en cuenta.

Ilarcuris es el nombre con que ya dentro de la historia nos encontramos mencionada esta localidad. Su origen más probable es del griego *Ili-Curis* o *Ili-Kouros*, que significarían ciudad de Curetes o ciudad joven, pues a los griegos Curetes es a los que con más probabilidades se cree debida su fundación, los que la harían como fortaleza de la colonia para refugio de la ciudad sacerdotal. Al principio, la diseminación de los habitantes invasores tenía que ser forzosamente cuestión de tiempo y confianza. De momento, la seguridad sólo podía existir en la formación de núcleos fuertes al amparo de fortalezas naturales o campamentos emplazados en sitios estratégicos. Cabe suponer que si Ilarcuris fué lo que con razón se supone una ciudad sacerdotal, al principio habría de ser protegida contra las reacciones de los desposeídos u otros nuevos, y para ello construirían en el sitio más elevado alguna defensa o campamento, bajo cuya

protección todos se podrían guarecer. Teniendo, pues, como primer punto de partida para el origen de esta fortaleza el dato ya mencionado por el cual los Curetes se establecen en aquellos tan remotos tiempos. Pasan luengos años sin haber mención de ello. Se suceden los Cerritanos, o como otros los denominan, los Almunides, que parece son expulsados por Nabucodonosor en unión de las demás gentes extrañas, y así sucesivamente llegamos a la dominación romana, durante la cual ya tiene la suficiente preponderancia—indudablemente nunca la perdió—para que Ptolomeo, en el año 162, en su segunda tabla de Europa, cite y describa a Ilarcuris en la Carpetania y señale exacta y concretamente su situación geográfica en grados respecto a Toledo. No es, por tanto, aventurado seguir achacándola suma importancia en aquellas centurias anteriores a ello, cuando en estos años tiene la suficiente para un señalamiento tan especial. Podemos, pues, deducir que su crédito no decae en aquellos poco conocidos años, y no es lógico suponer que durante ellos fuese menor su importancia guerrera. Sería época tal vez de su mayor apogeo y así probablemente continuaría hasta la entrada de los bárbaros. De su vitalidad en aquellos días de dominación romana nos hablan no sólo los cimientos y monedas encontrados, sino su proximidad a la vía o calzada romana que venía de Andalucía y la cual tenía una desviación por la que se comunicaba en el mismo Ilarcuris precisamente con la no menos importante que salía de Toledo y por la Sagra se dirigía hacia Mantua (Madrid). La primera de las dos principales calzadas, no ha faltado historiador que la ha creído ser el verdadero camino de Madrid a Toledo, y ello es completamente equivocado. Es el antiguo camino Real que ponía en comunicación el Sur con el centro de la Península y por ello la prolongación o desviación que he mencionado, se ha conocido siempre con el nombre terminante de *camino de los andaluces.* Hasta hace muy poco tiempo, de esta vía se han retirado grandes piedras análogas a las encontradas en términos de Torrejón de la *Calzada*, Yeles y Esquivias.

Estos datos de la época romana son un eslabón en su

cadena histórica, y con ellos llegamos sin gran esfuerzo a la Monarquía visigoda, punto de suma importancia en la cronología de su desenvolvimiento. No es presumible que estos que fijaron su capital en Toledo, desaprovechasen o desconociesen la importancia de esta plaza para la defensa de la ciudad. A no dudarlo, elevarían más en regla el primer recinto y en esta forma ya le encontraron los árabes, quienes menos seguros que sus antecesores, reconcentran su vida principalmente en la capital, y años después, algo tranquilos, la aprovecharían principalmente como lugar de recreo, aunque sin dejarlo desprovisto, lógicamente, de algunas condiciones de defensa. Mejorada o más adaptada como mansión, el nombre de Alcázar que desde entonces adoptó (El Palacio) les sirve para designar aquello que, consecuentes con su modo de ser, habían dispuesto para que la vida se deslizara para ellos más amena según su forma de entenderla.

A partir de esta época, ya no son sólo conjeturas en lo que podemos basarnos. Aunque pocos, algunos documentos hacen mención de tan singular fortaleza. Ya las lagunas que puedan existir, por lógica deducción, podremos salvarlas. De su antigüedad nos habla y atestigua el hecho de que el sexto Alfonso, al tomar la provincia a los moros, amuralló y fortaleció a Illescas. Fué una de las plazas que principalmeate defendía la capital, y así lo comprendió. En aquellos primeros y azarosos años todo se consideraba inseguro, y no es de presumir, por tanto, que el rey se determinase a levantar allí una construcción que no sabía si las contingencias de la guerra se lo dejarían disfrutar. Lo lógico es, pues, que la amurallase y aprovechara y mejorase lo existente, y entre esto ya estaría nuestro Alcázar, cuando vemos que poco más de siglo y medio después, Alfonso X «concede privilegio a los vecinos de Illescas para que no obedezcan al Arzobispo, deán, ni cabildo de Toledo, y puedan *derribar* (?) el Alcázar que estaban reparando». Afortunadamente el pueblo no usó de ello, pero este documento es lo suficiente claro para decirnos de su antigüedad, cuando en aquellos días ya necesitaba de gran reparación. Y si ésta

era precisa después de la ejecutada por el rey conquistador, es de presumir su gran anterioridad a los árabes, pues éstos, dada su organización militar, no levantaban semejantes fortalezas. Lo lógico es que fuese una construcción importante de los últimos tiempos visigóticos; aprovechada y adaptada ya como mansión de recreo por los árabes y convertida por Alfonso VI en Alcázar mudéjar, ya más en armonía con el ambiente bélico de la época. Es raro el privilegio aludido. En aquellos días Illescas pertenecía al Arzobispado de Toledo, desde que así la ordenó el Rey Sancho en 1158, si bien esto no fué cumplido hasta 1176 por Alfonso VIII.

Aun a pesar de la gran restauración que se ejecutara por orden de Alfonso VI, aquella irregular edificación no podía constituir una verdadera fortaleza. Hubo que amurallarla concienzudamente. Antes no debió estarlo. Al verificarlo, aprovecharon como fosos los dos profundos barrancos que le flanqueaban al Este y Oeste y sólo tendrían que hacer los dos restantes mucho más cortos, para así dejarle rodeado en su totalidad con aquel medio de defensa. Si aprovecharon, como lógicamente hemos supuesto, lo ya construído, no pudo adoptar la forma corriente cuadrangular y su patio sería irregular y más bien pequeño con dependencias sin ordenar y probablemente con dos pisos. Su torre del homenaje estaría en el patio de armas y en su lado más próximo a la muralla de la villa. No dudo suponerla la parte más importante de todo aquel poco armónico conjunto que constaría de tres o cuatro habitaciones superpuestas y comunicadas entre sí por estrecha escalera, empotrada probablemente en el fuerte espesor del muro. En este conjunto defensivo no dudo que, dado su falta de un plan uniforme, darían gran importancia a la extensa muralla que por todas partes la circundaba, y estudiando hoy el terreno sobre que el conjunto se extendía, fácilmente se comprueba este extremo. En el lienzo Norte se abría la puerta defendida por el puente levadizo tendido sobre el foso y, por tanto, este acceso que sería único para el Alcázar, se encontraba muy cercano a la puerta del Sol, una de las cinco que en la muralla daban acceso a la villa. En la parte baja del recinto murado, esto es, lo que en la

actualidad es el camino de Azaña y en aquellos tiempos foso Sur abierto artificialmente, debióse conservar hasta época algo cercana parte de los dos torreones que por aquel lado la defendían, pues en cierta ocasión oí decir a un anciano del pueblo que él había conocido algo de las *atalayas*.

Vestigios de habitaciones subterráneas se han encontrado hace pocos años al hacer la ampliación del cementerio. Al trazar la nueva pared de la derecha de la puerta y al profundizar sus cimientos, por poca consistencia del terreno, fueron encontradas grandes hoquedades que la vista no alcanzaba a determinar, ni los operarios tampoco se decidieron a inquirir. Muy cercano a este sitio, al ahondar el terreno para coger de fábrica varias fosas, también fueron descubiertas algunas de estas habitaciones sin que tampoco fuesen objeto de la más pequeña investigación. Adosada a la parte Sur de este cementerio, hay un tejar que ocupa parte de los terrenos que yo deduzco sirvieron como huerta o jardín dentro del recinto murado; pues bien, mis noticias son de que hace muchos años fueron encontrados restos de muy recias mamposterías de piedra y cal, y adosado al lienzo de pared que hoy los limita, se descubrió un espacio a modo de habitación circular que el dueño utilizó como horno y que bien pudiera haber sido restos de algún aljibe, silo u otra dependencia del subsuelo del Alcázar. También en esta parte Sur del recinto que no estuvo edificado y a mi entender fué la parte de recreo con huerta o jardín, se han encontrado infinitos vestigios de cerámica al remover las tierras con los arados.

Corren los años y este Alcázar sirve de vivienda o de alojamiento accidental a los reyes en sus continuos viajes. Produjo discordias por su posesión entre el Arzobispo y la villa. Una de ellas en tiempo de Tenorio, que lo restauró a sus expensas, al mismo tiempo que este Prelado ejecutaba la gran reconstrucción del Castillo de San Servando, de Toledo. Igualmente lo hace un siglo después Cisneros, quien no desconociendo el valor militar de aquellas plazas en los inciertos años de la unidad nacional y primeros del advenimiento del Emperador Carlos, repara la muralla y la forta-

leza, dotándola de los elemento necesarios de defensa (1) y en virtud de esto, el Alcázar pudo resistir el fuerte asedio a que le sometieron cuando el alzamiento de las Comunidades de Castilla (2).

Consolidado el trono de aquel rey que tan mal conocía sus dominios hispanos, con la derrota de Villalar, puede decirse que termina la historia activa de esta singular fortaleza. La calma y la paz se imponen en el territorio y ello es el comienzo del pasivo abondono a que se le somete. Ya hacía muchos años que no se utilizaba como vivienda real. Desde el reinado de Enrique III o Juan II, que se levantó el palacio mudéjar de la calle Real de la villa, sólo su condición militar le justificaba. Pasan los años de su fatal siglo XVI. Sus mismos añadidos, unos sobre otros, y la gran longevidad de los primitivos, harían que algunas dependencias fuesen más pronto abandonadas. Unas tras otras, a tenor de los tiempos, finan las obras y le dan por cumplida su misión. Sólo un Alcaide y su familia le habitan y, ya faltas sus paredes y pisos de la protección de tapices y alfombras, el tiempo con su cortejo de destructores elementos, que desde la al parecer inofensiva araña que teje su primer tela y la paciente y destructora carcoma que abre la primer galería en la madera, hasta el más vandálico de todos, el hombre, todo se conjura para que estas antiguas mansiones no lleguen a nosotros, y las que lo consiguen sean sólo en la triste condición de venerables ruinas, no siempre lo respetadas que fuese menester. Estas tampoco lo fueron y llegamos a la fuerza donde no quisiésemos llegar, a su demolición. En

(1) Este importantísimo dato ha sido tomado por mí en un documento existente en el Archivo Histórico Nacional. Fué hace varios años y el no precisar entonces su procedencia en mis notas o porque alguna se haya extraviado, hace que ahora me sea imposible ejecutarlo. Mas su existencia sí puedo garantizarla.

(2) Todavía figuraba como principal plaza fuerte cuando ocurrieron estos acontecimientos. Illescas fué una de las primeras villas en seguir a los Comuneros, pero no así el alcaide de su Alcázar, D. Juan de Arias, que le defendió con tesón, por lo cual, más adelante, el Emperador le recompensó con el Condado de Puñonrrostro.

1575, por un breve del Papa Gregorio VIII, pasa Illescas a poder Real por desmembración del Arzobispado de Toledo, y cuando ello debiera haber supuesto una mayor protección, surge la catástrofe en forma de permiso de demolición (1588) para con ello ahorrarse en la construcción de un edificio en la villa—iglesia del Hospital—el transporte de materiales de las canteras de Esquivias, poco lejanas. Al lector encomiendo el comentario.

Anotado así todo lo mejor posible lo concerniente a este Alcázar, creo, para terminar, no sería atrevido suponer las sorpresas que nos tendría reservada una metódica escavación en estos lugares, mudos testigos del azaroso tránsito de tantas y tan variadas civilizaciones.

*
* *

Después de escrito lo que antecede, como ligera reseña prehistórica e histórica de la Ilarcuris griega, me encuentro con que mi sabio amigo el profesor Fuidio, en un soberbio trabajo sobre *Carpetania Romana*, insiste en juzgar sus exploraciones y descubrimientos como datos fidedignos para colocar la citada Ilarcuris en el lugar por él señalado en la finca de Hontalba, a 6 kilómetros de distancia de la actual Illescas. Ante tal insistencia, ya no puedo dejar consignado lo sólo escrito como correspondía a esta ligera relación histórica y sin perjuicio de que en algún tiempo lo desarrolle con la atención y minuciosidad que su importancia requiere, entraré a exponer algunos datos y pormenores que completen e ilustren el buen juicio del lector a quien sus aficiones le presten paciencia para ello.

Veamos primero lo encontrado por el profesor Fuidio, para sobre ello basar su hipótesis. Detallemos a continuación lo recogido y estudiado en Illescas y tal vez el nivel documental de ambos hallazgos sea más claro y explícito que lo que yo deficientemente podré explicar.

PALEOLÍTICO.—Seis ejemplares, dos tallados en silex y cuatro en cuarcita. Son lascas y raspadores que su autor

coloca en el *Musteriense* las de silex y las cuarcitas en el *Acheuliense*. Estas, por ser cuarcitas, pongo en duda su procedencia tan remota. Muchas que se tienen por instrumentos auténticos, sólo deben pasar a la categoría de cantos rodados.

NEOLÍTICO.—Veintinueve ejemplares entre fragmentos y piezas completas de *fibrolita* y dos trozos de *diorita*.

CERÁMICA.—Dos fragmentos con decoración incisa, estilo Ciempozuelos-Eneolítico.

IBERO-ROMANA.—Unos trozos de barro fino con rayas en rojo.

ROMANA.—La cerámica es fina y ya de torno. Las hay con rayas toscas paralelas o cruzadas, esto es, traza ibérica en época romana.

SAGUNTINA.—Son algo numerosos y de barro rojo característico, con decoración de círculos, líneas onduladas, medias lunas, conchas, etc., etc.

VIDRIOS.—Algunos con irisaciones.

MONEDAS.—Dos bronces; uno borrado y otro de Septino Severo.

ARQUITECTURA.—Un pilón calizo y unos restos de argamasa de cal, llamados en aquel sitio «los paredones».

Sin quitar nada de la importancia arqueológica que estos hallazgos han de tener, yo no puedo concederles aquélla que su descubridor les asigna. Los útiles de cerámica y los restos más o menos extensos de argamasa romana, no implican la existencia de una ciudad; en este caso particular, cuando más, la memoria de un edificio, esto es, una quinta de no excesiva extensión.

Anotemos lo encontrado en Illescas.

PALEOLÍTICO.—Unas setenta piezas recogidas por Fernández Navarro en los años 1908 y 1917, correspondientes al *musteriense* y *magdaleniense*.

Hace cuatro años ha sido encontrada por mí en una tierra de labor sita dentro de lo que fué terreno amurallado del Alcázar, una pequeña pieza de silex con todas las características de punta de flecha, y por aquellas cercanías y siempre *dentro* de dicho recinto, varios trozos, también de silex, con gran pátina, bastante oscuros, en algunos de los

cuales se observan huellas de percusión. Yo hoy no me atrevo a clasificarlos definitivamente.

NEOLÍTICO.—Esta época de la piedra pulimentada tiene en Illescas un firme representante. Esparcidos por todo su término municipal, pero muy especialmente en los alrededores de estos *Cerros del Prado*, ha sido y sigue siendo cada día la importancia y número de sus hallazgos que no dudo en conceptuarlo de los más numerosos hasta el día, constituyendo la colección Aguilar tal vez la más importante de las conocidas. El elemento predominante es la *fibrolita*, siguiéndole en frecuencia la *diorita*, *diabasa*, *serpentina*, etcétera, etc. A tenor de su número corresponden las más variadas formas; desde la enorme hacha de terribles efectos manejada por aquellos forzudos seres, hasta algunas tan diminutas que excluyen toda idea de defensa. Serían adornos o amuletos. Las últimas por mí encontradas han sido dos hachas de *fibrolita* una y de *diorita* otra, ambas en muy perfecta conservación y recogidas en el cementerio, que como ya he indicado, ocupa parte del emplazamiento del Alcázar.

IBÉRICA.—En este mismo cementerio, al abrir un operario una de las fosas del ensanche, esto es, en sitio no utilizado modernamente, encontró restos como de vasijas que al llamarle la atención apartó a un lado y luego me las entregó. Son diversos trozos de cerámica negra muy tosca, alguno más claro, de superficie mate, encontrándose en uno sólo de ellos estampillado geométrico muy característico de la decoración primitiva de la forma prerromana de «La Téne». Son trozos que, sin gran esfuerzo, nos recuerdan la tradición ibérica.

ROMANA.—Sólo dos ejemplares poseo de barro rojo, pero no de *terra sigillata*, sin barniz y ya, al parecer, de factura de torno. Son toscos. Este verano me ha sido entregado un ejemplar de cerámica amarilla, casi blanca, que a más de un grabado de rayas cruzadas presenta muy perfectas modulaciones, lo que le haría ser vasija de alguna belleza. Le creo encajable en avanzada época romana.

ARQUITECTURA.—Al pie del recinto murado de la fortaleza, en lo que hoy son huertas y en tiempos pasados arra-

bales de la villa, se han encontrado grandes piedras de cimiento. Entre éstas hube de ver yo restos de argamasa de cal y piedra pequeña, y al inquirir sobre ello, me dijo el que a flor de tierra las había sacado, que no eran las primeras, sino que en otras parcelas, otros también las habían hallado. Eran restos de cimentación en todo iguales a los que en Toledo existen del Circo Romano. Indudablemente, de construcción romana fué la hoquedad con bóveda que a poca distancia de lo anterior se encontró en lo que es hoy tejar y que tamhién he dejado consignado.

Monedas.—Han debido encontrarse en cantidad bastante abundante. Muchas fueron a engrosar el monetario que mi padre poseía. Que se tenga seguridad de haber sido en este sitio encontradas, en mi poder hay en la actualidad una en bronce de Cartagonova, otra también de Celsa, otra de igual metal borrada casi, una en cobre de la emperatriz Julia Mamea y otra, también en cobre, del emperador Antonino Pío. En poder de mis hermanos, y con igual procedencia, pudieran ser bastantes más de las que hiciera reseña.

Analicemos la parte histórica. Esta nos dice que en el año 162 gozaba de prestigio Ilarcuris en la Carpetania, y Ptolomeo, en su segunda tabla de Europa, la señala con exactitud en gradas entre Toledo y Madrid. El jesuíta Padre Gaspar afirma, basándose en textos de escritores antiguos, que gran parte de la Carpetania, y sobre todo las dos poblaciones aludidas, hubieron de perder casi el total de sus habitantes por el hambre y la epidemia desarrollada hacia el año 433, motivo por el cual ya no se conoce mención de la citada Ilarcuria hasta el año 636, en que San Julián, al narrar la vida de San Ildefonso, afirma fundó en ella su célebre Monasterio Deiviense. Es muy de hacer notar que este padre jesuíta, que para escribir su obra del siglo XVIII se basó exclusivamente en autores antiguos, en ningún momento se aparta de considerar como lógico ser Illescas la sucesora de la griega Ilarcuris. Los mismos árabes, que según el parecer de Fuidio, arrasarían el emplazamiento por él ideado, en la obra aludida, relata la vida y mejoras en Illescas introducidas por ellos, sin hacer mención para nada de

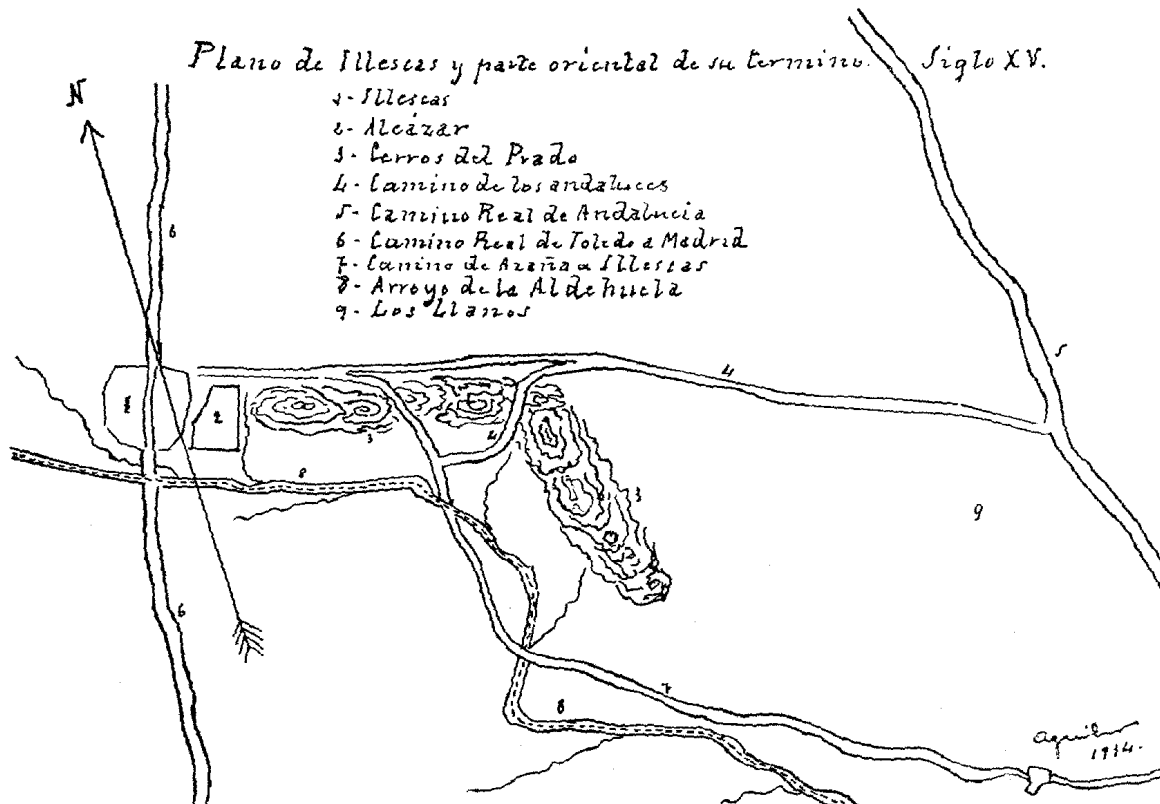
otra población que, aunque en decadencia, fuese lo suficiente importante para merecer los honores de la destrucción. Téngase a más en cuenta que los árabes, muy lejos de derribar, aprovechaban y reconstruían lo que conquistaban, adaptándolo, como es lógico, a su especial modo de ver la vida. La predilección que siempre mereció Illescas, es prueba más que concluyente, de su gran antigüedad. A una simple agrupación de casas, Alfonso VI no la habría concedido los honores de la fortificación, y en el orden moral, su sobrino y sucesor no la hubiese galardonado entre todas dándola el raro título de *Villa Imperial.* Solamente conozco dos historiadores, los Sres. Cean Bermúdez y Chao, que discrepen de los demás en cuanto al emplazamiento, y aun así lo hacen de manera bien modesta: dicen, estuvo asentada en las cercanías de Illescas, y el concepto cercanía indica proximidad, y ésta mal la podría haber mediando una distancia de seis kilómetros.

TOPOGRAFÍA.—Si efectivamente la antigua Ilarcuris fuese la señalada por el profesor Fuidio, habría que reconocer que en el emplazamiento no estuvieron muy acertados los griegos. Discurre el arroyo Guadaten en dirección Norte a Sur, y su pequeño valle está flanquedo por lomas en bastante extensión de su recorrido. La pretendida Ilarcuris, según los restos en que esta hipótesis se basa, estaría emplazada en la umbría de este valle, esto es, mirando al saliente con bastantes grados de inclinación Norte. Más natural hubiese sido buscar la contraria orientación, no sólo en atención al sol, sino que aquellas lomas, más largas y de más elevación, hubiesen defendido a la ciudad de los fríos vientos del Este, o sea de la sierra de Cuenca, donde el dicho vulgar asegura *que se ahorcó la cabra.* Tenemos, por tanto, una ciudad a la sombra, de frente al helado *solano* invernal, y por añadidura sus muros besando las aguas de un arroyo hasta en la actualidad pantanoso y que surte de paludismo a los que en su larga vega trabajan. ¿No cuesta esfuerzo aceptar ello como cierto, conociendo lo muy en cuenta que tenían el sitio, en todos sus aspectos, aquellos remotos pobladores? Veamos ahora el otro emplazamiento.

Aquí, el arroyo de la Aldehuela, baja en dirección Oeste a Este y su ribera izquierda está protegida por suaves lomas de los vientos del Norte o Guadarrama. Estaría, pues, en *solana*, como lo está la villa, teniendo por escenario la feraz llanura de la *Sagra* y como fondo los montes de Toledo. El arroyo, que en aquellas centurias sería más caudaloso, *no proporciona paludismo.*

Analicemos ahora los medios de comunicación. Por demás privilegiada en cuanto a caminos debió estar siempre esta región. De gran importancia es el que el Sr. Fuidio menciona en su obra y que le denomina *Camino Real* de Toledo a Madrid. Estoy conforme en cuanto a lo de Camino Real, pero no así en lo de Toledo a Madrid. El aludido camino, es la antigua cañada de cuarenta y cinco varas de ancha que ponía en directa comunicación Andalucía con Castilla. De Toledo salía un camino real que iba a Aranjuez. De aquí seguía vega arriba hasta Alcalá de Henares, y si su primer trozo se utilizaba alguna vez para llegar a Madrid, era porque se unía al que estos dos puntos enlazaba. El verdadero camino directo de Toledo a Madrid, es el que aún hoy fácilmente puede apreciarse desde la carretera. Que en sus mocedades pudiera haber sido calzada romana, no me extrañaría, pues razones hay para así creerlo. No es, pues, aquel camino el directo de Toledo a Madrid. Atravesaba la parte oriental de los montes de Toledo una vez dentro de la provincia, por el sitio que en término de Los Yébenes se llama la *Boca del Congosto*; cruzaba de Sur a Norte la extensa vega del río Algodor para ganar un puertecillo que separa la sierra de dicho pueblo de las Serrezuelas; siempre en dirección Norte cruzaba los términos de Manzaneque, Mascaraque y Almonacid, y bajando la rápida pendiente que hay entre el castillo de este pueblo y el río Tajo, vadeaba éste por el sitio de los *batanes de Ateca*—hoy fábrica de Aceca—, y ya en la llanada de *la Sagra*, por Cobeja, Pantoja, Llanos de Hontalba, Yeles y Torrejón de Velasco se unía en las cercanías de Parla con la vía que ponía en directa comunicación a Toledo con Madrid. De este *Camino Real, cañada* o *calzada* que he descrito, partía al llegar a los Llanos de

Hontalba un ramal con dirección a Illescas, el cual, cruzando los *Cerros del Prado* por su parte más próxima a la villa, se le conocía y así sigue designándosele con el nombre de *camino de los andaluces*. En el pequeño pueblo de Cobeja, aún se pueden ver restos, aunque muy transformados, de los antiguos paradores o casas de postas. A diez kilómetros de esta vía, sube casi paralela a ella, a la altura de Illescas, otro no menos importante *Camino Real* o *cañada*. Esta viene de Extremadura a Castilla, y a la altura de Leganés se desvía a la izquierda para atravesar Guadarrama por alguno de sus puertos. Queda ya sólo por mencionar una tercera vía, a mi ver la más característica y definitiva en el asunto que estamos ventilando, y es el verdadero *Camino Real* entre Madrid y Toledo. Partía de la puerta Norte de la imperial ciudad, traspuestos los cerros en que se levanta Olías del Rey; atravesaba la ubérrima *Sagra;* cruzaba la también *imperial villa* de Illescas, dió su nombre a Torrejón de *la Calzada*—no hay que confundirle con su casi omónimo el de Velasco, del que sólo dista dos kilómetros—; pasaba al pie de los *Cerros de la Cantuesa* o *Alcantoña*—sitio de importante yacimiento *paleolítico*—y cruzando su vega y después Getafe, llegaba a Madrid. Este importante Camino Real, fué casi en su totalidad aprovechado como caja de la actual carretera, pero se conservan bastantes trozos de su trazado primitivo que se les conoce con el nombre de *camino viejo*. Pues bien, en uno de éstos, muy próximo a la tercer alcantarilla, según se sale de Illescas y precisamente a la terminación de una pequeña cuesta, cuyo nombre, por demasiado gráfico, no me es posible indicar, yo he conocido unas grandes piedras, algunas casi planas a medio enterrar entre junqueras, y cuya procedencia yo entonces no podía calcular. Hoy ya han desaparecido y no será aventurado achacarlas como pertenecientes a la calzada, como asimismo obra romana sería un pequeño puente que salvaba el arroyo de Boadilla, y el cual se tuvo que destruir para en su sitio levantar el de la actual carretera. Este antiguo camino era el utilizado para hacer el viaje entre Toledo y Madrid, y no sería tampoco aventurado suponer que sin grandes variaciones sea la calzada que saliendo


Plano de Illescas y parte oriental de su termino. Siglo XV.
1- Illescas
2- Alcázar
3- Cerros del Prado
4- Camino de los andaluces
5- Camino Real de Andalucía
6- Camino Real de Toledo a Madrid
7- Camino de Azaña a Illescas
8- Arroyo de la Aldehuela
9- Los Llanos
N
1914.

de la *Tolaitula* que conquistó Marco Fulvio el año 192 antes de J. C. encontraba a la mitad de su camino a la griega *Ilarcuris* y finaba en la orilla derecha del Manzanares en la pretendida *Miacum* romana.

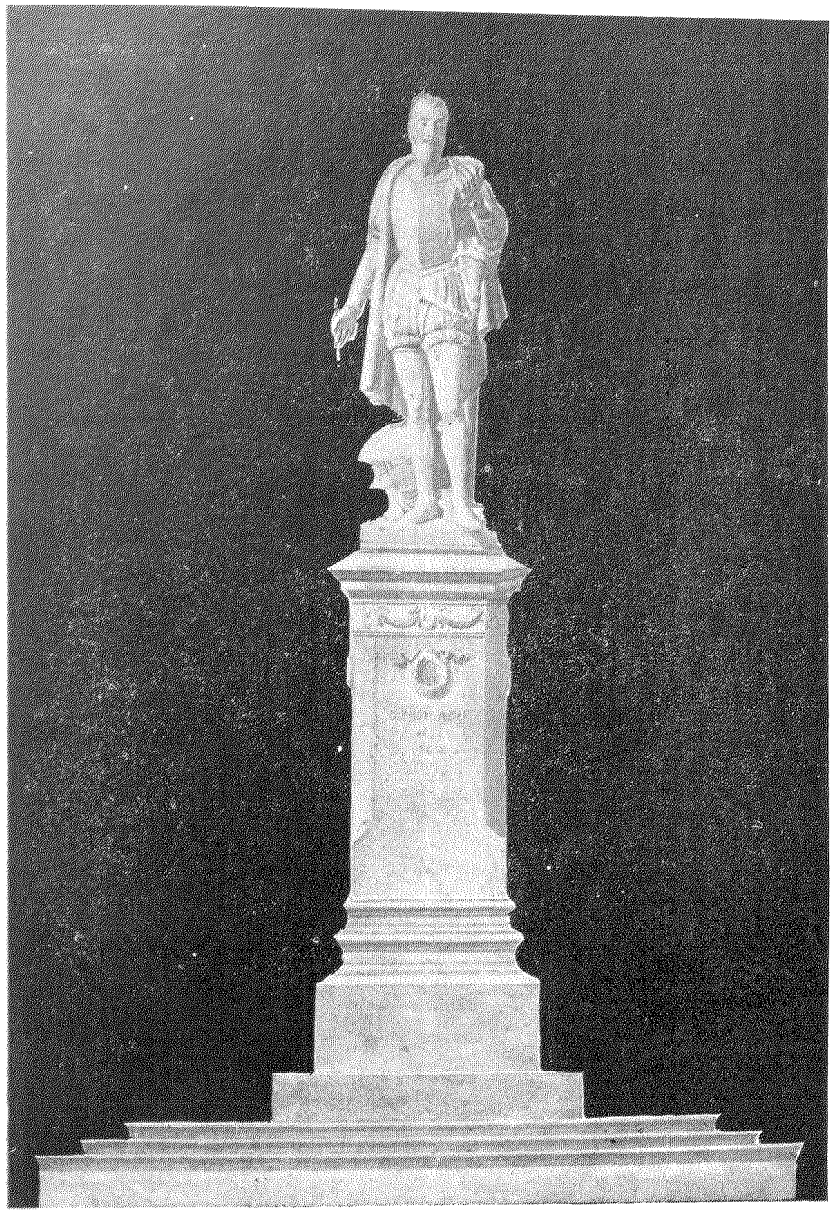
De todo lo consignado, nada abona en favor de localizar tan importante centro histórico en el mencionado sitio de Hontalba. La misma hipótesis de que sus restos fuesen destruídos por los árabes invasores es tan débil, que ella sola casi se rebate. Si las ruinas no tenían importancia, no había razón para borrarlas, y si las tenían para merecer tamaña predilección, no es lo natural que algún escrito de los primeros años de la reconquista hiciese mención de ellas. Desde estos años, Illescas aparece en un primer plano al merecer el honor de ser amurallada, si no es que ya lo estuviese y el sexto Alfonso sólo la mejorara.

Hay otro detalle que no puedo dejar de consignar. En el archivo familiar de casa, existen documentos de mediados del siglo XIV en los que consta que, *todos los Llanos de Hontalba*, y ,por tanto, parte de la actual dehesa, pertenecían a mi familia con muchos años de antelación. Pues bien, en ninguno de ellos hace mención para nada a dicha ciudad, ni a restos de poblado, ni edificación y sólo habla de Illescas. Otro dato de no menos importancia. En el libro de las Constituciones del Hospital de la Caridad, de la villa, dice así en su parte histórica: «Illescas fué (aunque villa no grande al presente) Ciudad no pequeña..... su vecindad aunque con certeza no se podrá averiguar, lo qe. mas se comoció fué de dos mil vecinos en tiempos de los señores Reyes de Castilla, era cual otro Aranjuez..... por las muchas arboledas q. la hermoseaban.....» «Que tuvo varios nombres Illescas desde su fundacion, siendo el primero el de Ilarcuris de sus primeros fundadores los griegos Almunides denominando la ciudad de Ilarcuris. Que decaió esta antigua ciudad con la variacion de tiempo (según el Hispalense) cuando fenecieron las Ciudades de la Carpetania por los años cuatrocientos treinta y tres a causa de ambre y peste que padecieron quedando campo desierto.....»

Esta falta total de noticias escritas es, tal vez, un factor

decisivo más en la cuestión, y como ello no es posible que haya escapado a la observación de mi querido amigo el Sr. Fuidio, me hacen confiar en que así lo reconocerá, por más que tengo la esperanza de que, a pesar de así haberlo consignado en su maravilloso trabajo, no sea muy firme su creencia. Siempre nos es grato ampliar con la imaginación aquello que la observación nos sugiere. Pero la fantasía, que siempre es peligrosa para la ciencia, lo es aún mucho más en este terreno tan abonado de la historia. No debe de extrañar la falta de datos de Ilarcuris. El mismo Toledo, con ser el centro principal de la Carpetania, carece de ellos durante el período de la dominación cartaginesa y no son nada completos aún en los primeros tiempos de la romana. No es pues de maliciar que a Ilarcuris la pasara igual.

Alberto de Aguilar.
Correspondiente.



Proyecto de monumento al poeta toledano Garcilaso de la Vega, ejecutado en 1866, por Eugenio Duque.